

Sobre una pradera alfombrada de mullida yerba, en el centro mismo del claro, se elevaba una casita elegante semejante á un reducido templo dedicado á las ninfas en el bosque de Tesalia. De esta casa no se veía salir alma viviente, ni coronaba su techo el humo del hogar, ni resonaba en torno el menor rumor que atestiguase la vida, como el ladrido de un perro fiel, ni el cloqueo de una gallina escarbando á la luz del sol.

No nos atrevíamos á llamar á la puertezuela verde, pues no hubieramos sabido que responder si nos hubiesen preguntado nuestros nombres, tan desconocidos como los de los peregrinos que enjugan el sudor de su frente, sentados en los bordes del camino que conduce á la morada de esos santos de la gloria humana. Así dimos vuelta á la tapia, y nos apoyamos como pudimos con no poca mengua de nuestros vestidos sobre los tiestos de vidrios de botella que guarnecian poco hospitalariamente las crestas, para poder trepar á los árboles de la colina que dominaba el jardin, permaneciendo encaramados en las ramas y ocultos en el follage desde las doce de la mañana hasta el anochecer, contemplando el ámbito del parque do todo se mostraba mudo é inmóvil, salvo un chorro de agua que chispeaba diamantino al salir de un pilon de estuco, y la sombra que se alargaba movediza sobre el velludo césped al pié de los sauces llorones. Por último sin resultado alguno regresamos á Paris, tristes pero no desalentados.

## XVI

Al dia siguiente, volvimos al mismo parage y ocupamos nuestros puestos en las nudosas encinas.

La mitad del dia trascurrió en el mismo silencio y en la misma decepcion que la víspera, hasta que por último á la hora del sol cadente vimos girar lenta y silenciosamente sobre sus quicios la puerta verde de la casita y salir un hombre de mediana estatura, ancho de espaldas, cenceño de piernas, de noble fisonomía, vestido de negro y seguido de un gato, al cual arrojaba pelotillas de pan para hacerlo brincar y retozar en la yerba; hasta que desaparecieron en la sombra el hombre y el gato, y poco despues vimos de nuevo al mismo sugeto vestido de negro en el umbral de la puerta que no tardó en cerrarse. Tal fué la vision escasa y confusa que tuvimos del autor de René, pero esto bastaba y sobraba para nuestra supersticion poética, en términos que volvimos á Paris con los ojos deslumbrados por la gloria literaria.

Mas adelante he tenido varias ocasiones de ver á M. de Chateaubriand, sea en sus salones de ministro, ó de embajador en Paris, Londres y Roma; pero el verdadero Chateaubriand fué siempre para mí el primero, el que logré ver á hurtadillas encaramado en los árboles, no pasando para mí el segundo de

un actor político y diplomático. Confieso que solo fuera de la escena me gustan los actores, y que el trage anula en mi concepto al personaje como que disfraza su verdadera naturaleza.

Fuera de esto, no puedo menos de reconocer igualmente que nunca fué extremada la simpatía entre ambos, pues M. de Chateaubriand siempre se mostró ceremonioso, glacial, mudo ó afectado para conmigo. De este Rubens de estilo, la mágica paleta era lo único que me seducía, y de ningún modo su trato siempre desprovisto de esa ingénuu naturalidad que caracteriza al verdadero genio. Este brillante escritor fué constante en desempeñar su papel, pues la naturaleza entera era á sus ojos un teatro, y la misma muerte, como podemos ver en sus Memorias, fué el telon que veló el escenario; pero es necesario convenir que poseia un sentimiento literario exquisito, y el mas hermoso estilo á que puede llegar un hombre desprovisto de naturalidad, esto es, del genio de la ignorancia.

## XVII

En el año precedente habia satisfecho casi tan infaustamente mi pasión, aun mas viva de ver á M<sup>ma</sup> de Staël y grabar en un recuerdo inmortal á mis ojos la imágen de la Safo de nuestro siglo.

Sentado durante un dia entero á orillas de un

foso, entre Nyons y Coppet en Suiza para verla pasar en carruage, habia por último conseguido divisarla entre el polvo levantado por las ruedas: vivo y momentáneo destello, pero destello para mí de gloria.

Esta segunda imágen de una de las mas excelsas personificaciones de la inteligencia humana bajo la figura de una muger, me inspiró nuevo respeto por la fecundidad de mi época, pues la altura de las montañas se mide por sus mas elevadas cimas, y la grandeza de los siglos por sus mas culminantes individualidades, bastando que sobre el nivel comun descollase una celebridad contemporánea tan excelsa como Chateaubriand ó M<sup>ma</sup> de Staël, para poder decir: Grande es el siglo.

## XVIII

En el verano siguiente un conjunto de circunstancias nada literarias en sí, me obligaron á buscar una soledad ignorada en los valles mas umbrosos de la Savoya pastoral. A últimos de octubre, deseoso de tomar el camino conducente á Ginebra, bajé de esos escarpados cerros, vestido de estudiante alemán, con un saco al hombro, polainas de baqueta en los piés y un libro en la mano. En este estado pedí la hospitalidad en una de esas casillas ó chozas abandonadas de Chablais, destinadas á servir de redil á las vacas ó á la fabricacion del queso. Tal fué mi

morada durante algunos días en la márgen mas desierta del lago Lemán, en las inmediaciones de verdes y frondosas espesuras, sin mas lecho para reposar mis miembros que el heno mullido, cuyo fragante olor embargaba mis potencias. Júzguese pues de los sueños que venian á asaltar mi mente en aquella atmósfera á la vez balsámica y cristalina, en un aislamiento tan hermético. J.-J. Rousseau en las *Charmettes* poseia un eco viviente de sus sueños, pero yo solo mi sombra. Mi sola y frugal colacion durante veinte y cuatro horas, la efectuaba á media legua de camino en una especie de bodegon lugareño, en la parte ulterior de los bosques; consistiendo mi solo alimento en lactinicios, huevos y ensalada, y á veces en los domingos y días de fiesta, en algunos pescados fritos procedentes de los torrentes de Chablais.

Al salir de la mesa á eso de las dos de la tarde, acostumbraba hacer largos paseos solitarios en la húmeda playa del lago, cuyas sinuosidades y ensenadas recorria con ojo escudriñador; doblando los cabos y dejando estampadas las huellas de mis piés en la arena plateada y glutinosa de todos los promontorios. Jamás me sucedió encontrar alma viviente en aquellas playas desiertas, correspondientes á las llanuras mas inhabitadas que circundan este litoral de la Savoya, y á menudo me sorprendia el crepúsculo dialogando con las olas del lago que susurraban á mi oido la queja eterna de la natura, y mecian mi alma con esa vacilante melancolia que encontraba un eco prolongado en mi corazón.

Una tarde me sorprendió una gran tempestad acompañada de retumbantes truenos y ruidosas ráfagas del vendabal mugidor. La tormenta estalló repentinamente en las cumbres de Thonon y de Evian, bastándole pocos minutos para erizar el lago de lomas de agua y bullidoras olas, mas cortas pero tan huecas y espumosas como las del Océano. Busqué un abrigo contra el primer chaparrón bajo una roca hueca que se prolongaba bajo la forma de bóveda sobre la ribera, en cuya concavidad se habian refugiado anteriormente dos niños pastores del país, y un anciano mendigo de Ginebra que regresaba á la ciudad con su alforja llena de castañas y de mendrugos de pan. Los tres se apartaron para hacerme un poco de lugar, y todos cuatro nos sentamos en cuclillas del mejor modo que pudimos para aguardar el fin de la tormenta. La ténue bóveda del peñasco temblaba al choque furibundo de los elementos, el estampido del trueno retumbaba fragoroso en la cóncava gruta, é impelida por el viento, la blanca espuma resultante de las olas pulverizadas rociaba silvadora nuestros rostros.

De repente resonaron en nuestros oidos y á poca distancia, las sonoras, si bien confusas voces de algunos hombres á las cuales un peligro inminente comunicaba el acento grave de una emocion contenida; despues el ruido seco de un remo ó de un timon que se rompe, cuyo mango recae en las sonoras tablas de una embarcacion que zozobra. La niebla pulverulenta producida por las estrelladas olas se in-

terponia entre nuestra vista y los objetos circunvecinos; pero al mismo instante un relámpago prolongado y lívido que pareció rasgar la nube, atravesó fulguroso el cielo, y se reflejó azulado sobre la húmeda cubierta y anchurosa lona de un yate de reducido volúmen, que navegaba cortando esas montañas de espuma con la proa dirigida á Ginebra, como blanca gaviota, una de cuyas alas roza la onda espumante, y otra se pierde en la nube.

Un donoso mancebo de aspecto extranjero y con un traje algo caprichoso, se veía sentado en el banco del yate, teniendo en una de sus manos una cuerda de la vela de escota y en la otra el timón, mientras que cuatro vigorosos marineros jadeando y chorreando de sudor, agitaban incesantemente sus remos.

Aunque pálido y agitado el cabello por el viento, parecía el jóven desconocido mas atento á la magestad de la escena que al peligro de la barca.

El prolongado relámpago que me lo habia mostrado hermoso y sublime, me lo ocultó desvaneciéndose; y solo resonó en mi oido el trémulo hervor de la estela que dejaba la quilla surcando rápidamente las olas.

Pocos segundos despues, todo habia desaparecido, y la mitad de un remo roto vino á encallar ruidosa en la playa á pocos pasos de nuestra guarida.

— « ¿Quién se atreve á arrostrar el embravecido lago y el iracundo cielo con temporal semejante? » exclamé en alta voz sin reparar en los rústicos ve-

cinos cuyo terror los habia aferrado á las rocas.

— « Yo bien sé quien es, » dijo entonces el mendigo que aun no habia despegado los labios; « es un lord inglés que ha compuesto libros, y cuya casa de campo vienen á visitar sus compatriotas sin poder entrar en ella. Unos hablan bien y otros mal de este caballero, como de todo el mundo; lo que es yo no puedo quejarme, pues cada vez que me encuentra bajo los piés de su caballo me arroja una pieza blanca y á veces una pieza amarilla.

— « ¿Y cómo se llama? » pregunté al mendigo.

— « No lo sé » replicó, pues nosotros jamás averiguamos el nombre de los extranjeros que vienen á gastar su tiempo y dinero en Ginebra; lo único que nós consta es si tienen buen ó mal corazón: los buenos tienen siempre la mano abierta y los malos siempre cerrada. Lo que es éste podeis estar seguro de que es bueno, y mal me sabria que peligrase en esta borrasca. »

Despues el mendigo procuró pronunciar un nombre ininteligible, si bien parecido á un apellido histórico francés, y pocos dias despues leí en el diario de Ginebra que un jóven y gran poeta llamado lord Byron, habia corrido gran peligro durante la tempestad que se habia levantado la víspera.

## XIX

A la escasa y trémula luz del relámpago, apenas había podido entreverlo, y no obstante este rápido momento bastó para eternizarlo en mi mente. Bello me pareció el yate inglés como la juventud ébria de vida y jugando incauta con la muerte, ó como la Sibila evocando los elementos desencadenados para arrancarles la inspiracion. No obstante, no creeria suficiente esta rápida entrevista para describir al mayor poeta de que se engrie la Inglaterra, si no me fuese dado reproducir las siguientes líneas inéditas de su retrato, líneas que me han sido comunicadas recientemente por una persona amada cuya memoria conserva viviente su fisonomía al través del tiempo y la muerte :

« En mi concepto Dios ha criado seres de hermosura tan armónica é ideal, que escapan á todo análisis y á toda descripcion. En tan selecto y privilegiado gremio contaba lord Byron, cuya belleza absoluta, en los límites de la belleza criada, nunca pudieron reproducir el pincel y el cincel del artista. En efecto, sus formas exteriores reasumian en un tipo perfecto todos los géneros posibles de hermosura; y si á su genio y gran corazon hubiese sido dado escoger una configuracion exterior, seguramente no hubieran podido encontrar otra que mas

plenamente le hubiese satisfecho. En su rostro fulguraban simultáneamente su genio, su alma excelsa y su corazon sensible; y su beldad concentraba en unidad suprema todos los contrastes diversos, al paso que sus miradas traducian con tanta rapidez y transparencia los sentimientos que lo animaban, que con razon pudo exclamar sir Walter Scott que su hermosa cabeza se asemejaba á una urna de alabastro alumbrada por una lámpara interior. Así bastaba verlo para convencerse de la falsedad de todas las hablillas diseminadas acerca de su vida, pues el público se habia formado la idea de un lord Byron facticio, mediante algunos caprichos de su juventud, ciertos arranques de pensamiento y de expresion, pero sobretudo por su obstinacion en identificar al poeta con los personajes imaginarios de sus poemas, tipos que en nada se asemejan al verdadero lord Byron tal como lo he conocido. Mas de una calumnia que desgraciadamente acogió el poeta en su desdenoso silencio, circuló como aceptada verdad, bastando la accion del tiempo para pulverizar algunas de tan infames imposturas. Apelo á todos los que lo han visto para refutar por su unánime testimonio, esas alevnes acusaciones sobre un hombre cuyo encanto seductor envolvía como una atmósfera simpática y ganaba todos los corazones. »

Escuchemos ahora al poeta Moore :

« La belleza de lord Byron era de primer orden, pues reunía la regularidad de las formas con la expresion mas interesante. Sus miradas eran suscepti-

bles de todas las expresiones mas extremas, desde la alegría mas festiva hasta la mas profunda tristeza, desde la mas radiante benevolencia hasta la cólera mas concentrada, y entónces indicaban sus ojos lo que se dijo de Chatterton, que *un fuego siniestro rodaba en el fondo de sus órbitas*. Pero en su boca sobretodo y en su barba residia su mayor belleza, como igualmente la mayor expresion de su bella fisonomía. Ningun escultor ni pintor pudo llegar á reproducir la armonía exquisita de sus labios, cuya movilidad extrema indicaba todas las emociones, ora los volviese pálidos la ira, ora los contrájese el orgulloso desden, ora sonriesen radiantes de triunfo, ora los elevase en forma de arco gracioso un sentimiento de amor y ternura. Su cabeza era sumamente pequeña, y su frente, mas alta que ancha, lo parecia tanto mas cuanto que acostumbraba afeitar sus cabellos del lado de las sienes, dejando agitarse una profusion de rizados naturales, brillantes, suaves como la seda y de un color castaño oscuro. Sus dientes eran de una regularidad perfecta y notable blancura. Su piel poseia esa palidez marmórea peculiar á las personas sensibles y melancólicas. Su estatura era mediana, pero parecia alto, tan proporcionados eran sus miembros. Sus manos eran blancas en extremo y afectando esa forma delicada que indicaba, segun las propias ideas del lord, la estirpe aristocrática. »

Por un último Bayle se expresa en estos términos relativamente al ilustre poeta.

« Tuve ocasion de encontrar á lord Byron en el teatro de la Scala en 1816, y nunca olvidaré la expresion de sus ojos mientras escuchaba un sexteto de la Helena de Mayer. En mi vida he visto tipo mas hermoso y animado. Aun en el dia al pensar en la expresion que debiera dar un gran pintor al genio, no puedo menos de acordarme de aquella sublime cabeza que se revela fulgurante en mi fantasía. »

Y en otra ocasion :

« Nada puede dar una idea del entusiasmo que invadió á mi mente y eternamente abrigará mi memoria al divisar la expresion divina de su fisonomía, do fulguraba á la vez la calma soberana y la agitacion terrestre. »

## XX

Estas tres figuras de Chateaubriand, M<sup>ma</sup> de Staël y lord Byron, que logré divisar al despuntar en la vida, volvia mas compacta á la vez y luminosa la pleyada de insignes varones que cada siglo lega á la posteridad, y no podia menos de engreirme al pensar que me era dado respirar el mismo aire que á tan sublimes ingenios.

A mi vuelta en Francia, me deparó el acaso la ocasion de ver y alternar con lo mas selecto de la inteligencia europea. Una señora de edad, pero llena de gracia y despejo, compañera que halia sido de

la princesa Isabel, hermana y compañera de cadalso de Luis XVI, habiendo oído hablar de mí por un amigo mio y confidente de mis primeros versos, suplicó á éste que me presentase en su casa; y, como mi carácter naturalmente arisco, con asomos de montaraz, repugnase invenciblemente á esas ostentaciones ceremoniales en una sociedad cuya benevolencia no me seducía, y cuyo desden no me arredraba, la marquesa de Raigecourt, que tal era el nombre de la mencionada señora, resolvió someterse á mi humor uraño y sorprenderme una mañana en la soledad en que me hallaba atrincherado.

Habitaba yo entónces, sin mas compañía ni alma viviente que un perro leal, una especie de guardilla ó caramanchon; y, á pesar de su edad avanzada, subió los cien escalones la buena señora, y, procediendo con desahogo, me habló de mi madre que habia conocido en la corte cuando niña, de mis versos que en su opinion anunciaban una fibra doliente en un corazón sano, del peligro de la soledad absoluta que tuerce ó agría las impresiones; de lo dichosa que seria en ofrecerme su casa en la cual encontraría una familia y podría contar entre los hijos con que se habia dignado la Providencia ornar su hogar y consolar su vejez. No pudo menos de hacer mella en mi corazón una amistad tan sincera y espontánea, y cediendo á tan benévolos deseos, no tardó en ser mia la casa de la marquesa de Raigecourt.

En los salones de tan ilustre señora se reunia la mas selecta sociedad aristocrática, política y litera-

ria, cuyos esclarecidos nombres, influencia pecuniaria ó ilustre nombradía eran mas que suficientes á un jóven de mi edad, desprovisto de fama, y naturalmente tímido; pero la marquesa no dejaba escapar ocasion alguna de inspirar á los hombres y mugeres de celebridad, el deseo de conocerme.

De este modo me ví presentado, y á pesar mio, á la nata, por decirlo así, y á la flor de la antigua y jóven sociedad francesa, logrando á poca costa una reputacion de talento muy superior á mi mérito; reputacion de cuchicheo fundada enteramente en algunos versos inéditos, que las mugeres y los jóvenes de mi edad se recitaban familiarmente en sociedad íntima y poco numerosa. Pero confesaré ingénuamente que esta sociedad en voz baja me era mas importuna que agradable, y á pesar de los obsequios y agasajos que por do quier recibia, no podia menos de echar de menos el aire libre de mi país natal. Así dominado por mi índole arisca y mis tendencias agrestes, prescindia en cuanto me era posible de una sociedad tan amena, tan solícita en mi favor, y como el pájaro mal domesticado que huye gozoso al ver abierta la puerta de la jaula, preferia mil veces mi zaquizamí con un amigo ó el aire libre de los campos con mis sueños de ventura, á cuantos loores y demostraciones de afecto podia ofrecerme el centro cortesano á la vez y literario tan dispuesto en mi favor.